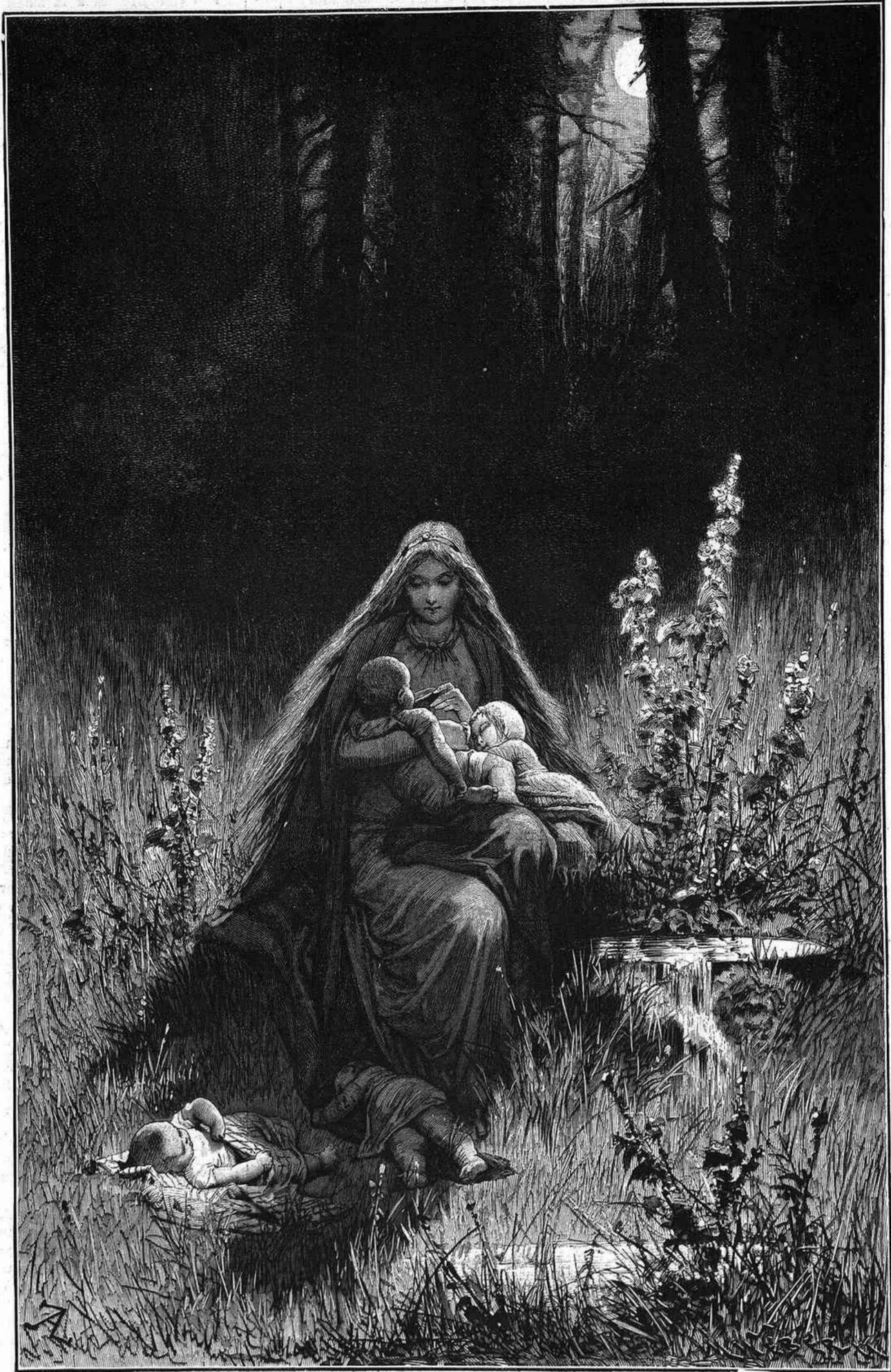




AÑO II

BARCELONA 19 DE NOVIEMBRE DE 1883

NÚM. 99



FUENTE DE LECHE, dibujo por A. Zick

## SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL CURA DE RIOTINTO (*Conclusion*), por don V. Barrantes.—LA NOCHE DE SAN JUAN, por don Carlos Arias y Mollejo.—GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE DE LOS SEÑORES ALBERTO Y GASTON TISSANDIER DE PARIS (*Conclusion*).

GRABADOS.—FUENTE DE LECHE, dibujo por A. Zick.—HÚNGARO LADRON DE CABALLOS, cuadro por E. Greguss.—LLEGADA DE LUTERO AL CASTILLO DE WARTBURGO, cuadro por C. Hellqvist.—GITANA GRANADINA, dibujo por J. Marqués.—BATERÍA DE SEIS ELEMENTOS DE PILA DE BICROMATO DE POTASA (Fig. 1).—BARQUILLA DEL GLOBO ELÉCTRICO VISTA POR LA PARTE DEL PROPULSOR (Fig. 2).—Lámina suelta: LOS VOLUNTARIOS DE 1813 EN ALEMANIA.

## REVISTA DE MADRID

Fluctuación numérica.—Manifestación en memoria de Figueras.—La pasión como factor importante.—El don de Baranda.—Investigaciones del porvenir.—La obligación del revisero.—Los muertos ilustres.—El trabajo es la mejor mina.—Los toros y el capitán Castanet.—El descanso nocturno.—Triunfo del Gobernador.—*La noche triste* de Hernán Cortés.

Unos decían:

—¡Tres mil!

Otros:

—De cuatro á cinco mil....

Quiénes hacían subir el número á seis ú ocho mil.

Algunos afirmaron que eran diez mil.

Y últimamente la comisión organizadora que dió cuenta por telégrafo de la manifestación del domingo, transmitió por los alambres esta cifra:

¡Diez y seis mil!

Verdaderamente, no sabe uno á qué atenerse.

Parece que las manifestaciones á favor de un muerto, si no resucitan al difunto, gozan por lo ménos del privilegio de reproducir el milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

\* \*

Yo ví formarse en el Prado los primeros grupos de personas que habían de dirigirse al cementerio civil, para tributar un cariñoso recuerdo á D. Estanislao Figueras con motivo del aniversario de su muerte.

La reunión fué aumentando; la carretela con la gran corona dedicada al difunto se puso en actitud de marcha; los manifestantes se alinearon más ó ménos correctamente, y por fin aquella masa negra empezó á andar en dirección al Jardín Botánico y á la Ronda de Embajadores.

Pero no tuve ocasión ni posibilidad de contar el número de personas que rodeaban la carretela y la seguían formando el fúnebre cortejo.

Estas operaciones son harto difíciles; y se puede asegurar que siempre que ocurren casos semejantes no son las matemáticas las que entran en juego para contar las personas, sino que en vez de valerse de la aritmética, se acude al recurso de las afecciones favorables ú hostiles.

La simpatía ó la antipatía son factores importantísimos para tales ceremonias.

No hay manera de saber el número de concurrentes con imparcialidad y exactitud.

Los enemigos del suceso ven ménos gente de la que en realidad se halla congregada.

Y en cambio los fervientes miran la agrupación con cristales de aumento.

Como hay que juzgar al simple golpe de vista, prodúcese en la retina de ambas clases de observadores erróneas ilusiones ópticas.

La verdad consistiría tal vez en un justo medio; pero lo que se halla de por medio es la pasión, y no hay manera posible de que la justicia se sobreponga á ella.

Hace muchos años que residía á temporadas en Madrid un sujeto aragonés llamado Baranda que era una gran notabilidad en esto de contar series de objetos al primer golpe de vista.

Baranda llegó á ser popular en todos los cafés y tertulias de esta corte.

Le escribais en un papel gran cantidad de números, y en seguida fijando una rápida y penetrante mirada en los guarismos decía la cifra total acertándola casi siempre y equivocándose tan sólo alguna que otra vez en tres ó cuatro unidades.

Contabais un puñado de garbanzos ú otros objetos claramente visibles y los arrojabais al aire.

Baranda los sorprendía al vuelo y os daba cuenta del número de objetos que se habían desprendido de vuestra mano.

Igual operación ejecutaba con las fichas de un dominó: las extendíais todas desordenadamente; después quitabais dos ó tres, á hurtadillas, y en cuanto él volvía la cabeza y fijaba sus ojos en las fichas os decía con toda seguridad el número de puntos que faltaban.

No sé qué se ha hecho de ese individuo. Tal vez haya muerto y se hallé espiritualmente en las regiones de lo infinito contando las innumerables estrellas del cielo;.... pero instintivamente me acordé de Baranda el domingo último, y lo eché de ménos pensando en el buen servicio que habría podido prestar sumando el número de personas que á última hora de la tarde se hallaban reunidas junto á la tapia del cementerio civil y escuchaban á los

distintos oradores que desde una tribuna improvisada arregaban á la muchedumbre.

A falta de este requisito, el público imparcial no sabe con certeza el número de personas que allí hubo.

Ni hace gran falta tampoco este pormenor estadístico.

No es un dato que importe para el porvenir; y si en los tiempos venideros hay algun sabio que pretenda esclarecer la exactitud de semejante suceso, la misma vaguedad é incertidumbre de la noticia prestará cierto encanto al rebuscador de datos históricos.

Por lo demás, la manifestación en memoria de D. Estanislao Figueras se celebró muy ordenadamente.

Es un hecho de la semana del cual he tenido que dar cuenta.

El cronista imparcial y severo no ve nunca en estos casos el interés político: no se alegra ni se turba; no prorrumpe en ditirambos ni jeremiadas. Expone y narra á grandes rasgos los sucesos del día....

Y el acontecimiento á que me he referido ocupó, favorable ó adversamente, la atención de todo Madrid en la tarde del domingo último, día 11 de noviembre.

\* \*

Quando espiraron en la boca del último orador las posteriores palabras, el sol se hundía en el ocaso.

El luminoso astro llevaba consigo á otras regiones multitud de impresiones del día.

¡Qué tarde aquella! La atmósfera se había ofrecido al pueblo de Madrid límpida y suave, convidando á todo el mundo á dejar las estrecheces del hogar doméstico y esparcirse por calles y plazas, por jardines y paseos.

Preciso es convenir en que el invierno economiza por ahora sus rigores.

Las noches son húmedas y frescas; pero las horas de sol son esplendorosas, radiantes, apacibles.

Con esa benignidad del domingo coincidieron multitud de sucesos, de fiestas y regocijos.

El espectador curioso no sabía dónde acudir.

Primero se efectuó el entierro del general Izquierdo acompañándole gran número de amigos á su última morada.

La Parca se entretiene estos días en segar cabezas respetables que han tomado una parte importante en el desenvolvimiento de la nación española.

Hace poco que bajó á la tumba el general Córdova; después le tocó su turno al ilustre hombre de Estado D. Fernando Alvarez que en medio de los embates de la política había sabido conservar esa integridad de carácter que aprecian siempre juntamente amigos y adversarios. Pasaron unos días y circularon estas frases:

—¿Sabes quién ha muerto?

—¿Quién?

—El Teniente general D. Rafael Izquierdo.

Y hoy mismo, en tanto que escribo estos renglones, tengo á la vista otra esquila mortuoria que dice así:

«Don Pedro Nolasco Aurioles ha fallecido.»

Este último nombre que figura en la lista necrológica de estos días pertenece á un varón ilustradísimo que desde el año 1852, con motivo del atentado del cura Merino contra doña Isabel II, recorrió una brillante carrera ocupando elevadísimos puestos y distinguiéndose por sus acendradas cualidades....

Digo pues, que los sucesos del domingo empezaron por el entierro del general Izquierdo. Entre tanto se celebraba en la exposición de minería la gran fiesta organizada por la Sociedad Económica Matritense.

Las inclemencias del tiempo habían desbaratado la ceremonia durante dos semanas.

Por fin la virtud del trabajo tuvo su recompensa y en la tarde de ese domingo, después de la misa de campaña, concedióse á varios trabajadores el premio correspondiente.

La exposición fué visitada por multitud de personas. Un honrado matrimonio conversaba de este modo al salir de la fiesta de la exposición, ya entre las primeras sombras de la noche:

La mujer.—Hemos pasado el día agradablemente. Pero, dime, que relación hay entre los trabajadores y los objetos de mineralogía.

El esposo.—Sí, mujer; ambas cosas están relacionadas. El trabajo es para el hombre la mejor mina.

\* \*

Sigamos el programa del domingo.

A la una, ya lo he dicho, se empezó á formar en el Prado la manifestación en memoria de Figueras.

Y poco después pululaba por la Puerta del Sol y por la calle de Alcalá un gentío inmenso, con la alegría en el alma y la viveza en el cuerpo.

Oíanse á cada paso estos diálogos:

—¿Á dónde vas?

—¡A los toros! ¿Quieres venir?

—No, voy á otra parte.

—Me extraña.... Tú tan aficionado á la tauromaquia.

—Por lo mismo no voy. El corazón me dice que la corrida será mala.

—¿Lo crees así?

—¡Vaya! El instinto no me engaña á mí nunca.

—Y ¿dónde vas á pasar la tarde?

—En los Jardines del Buen Retiro. Es función variada.

Ya ves, hay *santoches* en el escenario del teatro; luégo carrera de obstáculos al rededor del kiosco. Además, quie-

ro ver la ascension en globo del capitán Castanet, que dicen que es muy intrépido.

—Sí; el juéves último subió á gran altura.

—Pues hoy se va á perder de vista. Estas cosas van siempre de menor á mayor.

—¿Te dice el corazón que se va á matar como el pobre Mayet?

—No; es pronto todavía. Ya le tocará su turno. Ahora tiene que acreditarse; subir muy alto unos cuantos días; aproximarse á la región de las estrellas. Luégo se estrellará tal vez.... ¡Es el término de la carrera!

—Pues entonces esperaré ese día para ir á verle. A mí me gustan las emociones fuertes. Por eso voy á los toros, y cuantas más cogidas presencié más satisfecho salgo de la plaza.

—Ea, pues, ¡ahur!

—Adios.... ¡hasta la noche!

\* \*

Y en efecto, la corrida, según los inteligentes, ofreció poco atractivo.

El capitán Castanet hizo proezas en el aire, yendo á descender á distancia de algunas leguas.

Los concurrentes á la manifestación llegaron por la noche rendidos á su casa.

Los que habían presenciado la fiesta de la exposición minera cayeron en la cama con la pesadez de los minerales.

Los serenos decían á las once de la noche.

—¿Qué ocurre? ¡Madrid está desierto!

Madrid roncaba descansando de la agitación del día. Y parece que el Gobernador á última hora se frotaba las manos de contento.

—Está visto, decía, que la población de Madrid tan trasnochadora en otros tiempos, va moralizando su vida. Yo mando desocupar á las dos en punto de la madrugada todos los cafés y establecimientos de comida. Pues bien, ya mi vigilancia es inútil. Esta noche no se ve un alma por ninguna parte.

\* \*

La *Correspondencia* dijo en la noche del domingo: «Con tantos aniversarios como hoy se han celebrado se ha echado en olvido uno muy importante; el del nacimiento de Hernán Cortés.»

La *Correspondencia* no estaba en lo justo. Aquel día habían celebrado sesión las comisiones del congreso de geografía colonial y mercantil donde se han discutido importantes cuestiones referentes á los países conquistados por el audaz capitán extremeño.

Además, la noche entera del domingo estuvo dedicada á Hernán Cortés.

Fué un recuerdo de *La noche triste*.

PEDRO BOFILL

Madrid 17 noviembre 1883.

## NUESTROS GRABADOS

FUENTE DE LECHE, dibujo por A. Zick

Esta preciosa composición está inspirada en una de esas baladas alemanas, poéticas, tristes, fantásticas, como la mayor parte de las tradiciones y consejas con que los pueblos del Norte alimentan la cándida imaginación popular. Dice así:

«Léjos, muy léjos, al pié de las montañas azules, en el centro solitario de un bosque de abetos frondosos, viejos y gigantes, se halla un admirable prado cuya primavera es eterna.

»A nadie le es dado encontrar ese sitio: su emplazamiento es desconocido, la senda que á él conduce se ha olvidado.

»Por maravillosa obra, cruza el verde prado un solo arroyuelo: su cauce está completamente lleno de dulce leche, en vez de límpida agua. El más brillante arco iris ilumina sus preciosas flores, cuyo cáliz rebosa dulce miel del cielo.

»Allí, en las calladas noches de luna, el Dios de las madres conduce á los niños huérfanos; les alimenta con dorada miel y en la plateada corriente les deja beber, alegres, la dicha que no tienen; les abraza con dulzura y sus ojos de cielo irradian amor materno sobre los niños prematuramente abandonados.

»¿Quién sabe, quién puede decir dónde tiene lugar esta agradable escena? Pero ello es lo cierto que el tierno infante sonríe en su cuna; y hasta los que han perdido á su madre, muestran, en su rosada faz, algo como el bendito reflejo de la lejana patria celestial.»

El autor de este cuadro ha vencido con admirable talento las dificultades que ofrece el materializar, el dar forma prosaicamente humana á una idea fantástica, á un imposible que, sin embargo, hay que poner al alcance de las gentes. Ese genio fecundo, esa fuente de leche, ha encontrado quien la sintetizara sin que la grosera realidad perjudicase en lo más mínimo la delicadeza de la balada en que se inspira.

HÚNGARO LADRON DE CABALLOS, cuadro por E. Greguss

El pueblo húngaro ha sido maltratado por sus opresores. Durante muchos años el látigo del austriaco ha

cruzado sus espaldas, y mantenido en una supina ignorancia, apenas ha discurrido de lo propio y de lo ajeno con el limitado criterio del que siente necesidades que no puede satisfacer.

De un pueblo que vive en semejantes condiciones, no es de extrañar que produzca gran número de bandoleros y hasta que se forme una idea equivocada del bandolerismo. Así se explica que la mayor parte, ó la más escogida, de los bandidos húngaros, haya alcanzado los honores de la leyenda, como Fra-Diávolo en Italia ó José María en España. En realidad, el ladrón húngaro tiene sus ribetes de *caballero sensible* y no es difícil que cuando en vez de dar en el clavo da en la herradura, haga una limosna á su necesitada víctima.

Como su sistema de vida le obliga á tener buenas armas y buen caballo, cuando éste falta á algun miembro de la partida, el bandolero húngaro se provee de un lazo á propósito, y con la destreza de un mejicano ó de un argentino hace presa en el animal que más llama su atención en el solitario potrero.

Nuestro grabado representa al ladrón de caballos en el acto de ir á utilizar su peligrosa habilidad.

LLEGADA DE LUTERO AL CASTILLO DE WARTBURGO, cuadro por C. Hellqvist

Martin Lutero, religioso agustino, nacido en 1483 y fallecido en 1546, es la personalidad más trascendental de aquel siglo XVI, que produjo papas como Julio II, emperadores como Carlos V y reyes como Francisco I. En lucha abierta con la Iglesia romana, fué en 1521 citado ante la Dieta de Worms y por ella desterrado del imperio de Alemania, donde, sin embargo, tenia muchos partidarios la nueva doctrina y el heresiarca poderosos amigos. Uno de estos, Federico el Sabio de Sajonia, comprendiendo el peligro que corría su amigo á su regreso de Worms, le hizo arrebatar por sus hombres de armas de entre los soldados que le conducían, dándole seguro hospedaje en el castillo de Wartburgo, á donde llegó el 4 de mayo de 1521. La llegada de Lutero al sombrío castillo sajón es lo que representa nuestro grabado. En este refugio empezó la traducción de la Biblia á la lengua vulgar y redactó muchos de los escritos que tanta resonancia tuvieron en Europa, dando por resultado la disidencia más grande y continuada de cuantas han suscitado los hombres á la religion del Crucificado.

GITANA GRANADINA, dibujo por J. Marqués

Este bonito croquis copiado del natural por el Sr. Marqués, no necesita descripción. Pertenece á la serie de dibujos cuya publicación anunciamos en uno de los anteriores números, y es una prueba más del acierto y facilidad con que nuestro compatriota sorprende, por decirlo así, al modelo que se propone copiar, para reproducirlo fielmente en el lienzo ó el papel.

LOS VOLUNTARIOS DE 1813 EN ALEMANIA

Napoleon I era todavía el favorito de la fortuna; pero sus mismos triunfos iban labrando su ruina. Embriagado por el éxito, como Alejandro, como Carlos V, soñó en la monarquía universal, y atentó á la independencia de los pueblos. Estos no vieron, no pudieron ver en él, sino al destructor de las nacionalidades; el emperador se olvidó de que el general Bonaparte debía su grandeza al esfuerzo supremo de aquella Francia que, amenazada por la coalición de Europa, vió alistarse á todos sus hijos en los ejércitos de la república.

Lo que había hecho Francia, lo hicieron otros pueblos: España dió el ejemplo. Si los esforzados hijos de Zaragoza no se rindieron hasta que los cañones franceses destruyeron el último de sus baluartes, los rudos habitantes de Moscú incendiaron voluntariamente sus hogares á trueque de que en ellos no se hospedasen los soldados del insaciable conquistador.

El cuadro que reproducimos es animado ejemplo del entusiasmo que produjo en Alemania, como en todos los pueblos de Europa, la idea del peligro en que se hallaba la patria. Al llamamiento del soberano, síntesis entónces de la nacionalidad, acuden todos sin excepción alguna, ancianos y mancebos, soldados y paisanos, varones y mujeres; una sola es la idea, una sola la voluntad, uno solo el entusiasmo.

Dos años despues, el gran Napoleon era conducido á Santa Elena, prisionero de los ingleses, ni más ni menos que el domador conduce, en una estrecha jaula, al humillado rey de las selvas.

Es que Napoleon podía vencer á todos los ejércitos mercenarios del mundo; pero ni Napoleon ni conquistador alguno, pudo destruir el sentimiento de la patria cuando engendra ejércitos de voluntarios.

EL CURA DE RIOTINTO

(Conclusion)

—Es una Odisea de la caridad cristiana,—dije yo.—Confieso que me parecería inverosímil, si no fuese tan verdadera.

—En otra ocasion,—tampoco habia ferro-carril aún,—quedaron huérfanos varios niños de pecho, y

estaban enfermas ó convalecientes casi todas las mujeres que teníamos paridas. El apuro era grande. Mamando de limosna poca y mala leche los pobres huerfanitos se nos morían por momentos. D. Antonio, que estaba desesperado, coge una noche su caballo, se va á Huelva, y á las veinticuatro horas nos traía multitud de paquetes de harina láctea, que en Riotinto nadie conocía. Acababa de leer el anuncio en la *Correspondencia*.

—¿Y de dónde ha venido este cura ejemplar?—dije yo.

—De abolengo,—me contestó mi interlocutor muy gravemente.

—¿De abolengo! no comprendo á V.

—Lo que se hereda no se hurta. Es sobrino de un famoso P. Domingo, de historia muy dramática y no poco misteriosa, que murió en Herrera en opinión de santo por los años de 45 ó 46. Todavía le encomiendan allí los niños y le rezan las beatas. Este su sobrino era arriero, y se hizo sacerdote, Dios sabe cómo y por qué.

—Por abolengo divino,—dije yo.

En esto llegó la hora de nuestro regreso á Huelva, y el P. Muñoz seguía reunido con nosotros sin perjuicio de meterse en todas partes y hablar con todo el mundo más que con nosotros. En vano agoté la cortesía para que se retirara á descansar. Ni lo necesitaba ciertamente, ni me hacía gran caso. Hablando con los ingleses en un idioma que al mismo cardenal Mezzofanti volvería loco, parecióme que los acosaba con demandas que ellos oían de buen grado. Así llegamos al tren, que no puede decirse á la estación en un punto como Riotinto donde es estación cuanto terreno abarca la vista, pues excepto por los tejados, por todas partes circulan trenes. El primero que ocupó su asiento fué mi buen cura.

—Voy con Vds.,—me dijo.

—¿Hasta Huelva?

—No, señor. Me volveré en cualquiera de los trenes que suben á las minas.

Quise disuadirle, achacando á cortesía aquel viaje; pero él me replicó en tono sencillo, aunque algo serio:

—Voy á ver á mis feligreses de las estaciones. Tengo algunos enfermos, y mañana boda en Candon, de una muchacha á quien quiero mucho. Voy á ver si está bien preparada.

Me vino de perlas aquel viaje, para tratar á solas con él un punto que me tenia intrigado, como dicen los galicistas. En cuanto nos despedimos de nuestros galantes anfitriones y la locomotora en marcha nos separó del simpático y ya medio andaluz Alfredo Gough, abordé resueltamente á mi D. Antonio, preguntándole:

—Y con estos ¿cómo le va á V.?

—¿Con quién, con los ingleses? Mejor que con los españoles.

Yo me quedé de una pieza, como suele decirse. Todas mis ideas sobre incompatibilidad religiosa, todo lo que había oído contar, que no era poco, sobre propaganda protestante en las minas de Riotinto, se alzó en mi imaginación como una catapulta contra la simpatía ya rayana con la veneración que me inspiraba el buen cura católico, é iba á caer en un silencio de mal agüero, cuando uno de mis amigos de Huelva que me había acompañado á las minas, se apresuró á decir, adivinando la situación de mi espíritu:

—¿Pues no ha de irle bien con los ingleses al P. Antonio, si les saca cuanto quiere para su iglesia?

—¿Para la Iglesia católica?—dije yo.

—¿Para cuál ha de ser, hombre?—repuso el señor cura en tono dulce, que á mí me pareció algo sombreado de reconvención á mis pensamientos.

—¿Derriban al fin la parroquia,—prosiguió mi amigo,—para ensanchar la calle? Estoy seguro de que entónces le harán á V. una catedral.

—No tanto, no tanto,—dijo el señor Muñoz;—pero siempre harán una buena iglesia. Lo que es á mí,—añadió enérgica y gallardamente arrojándose del tren,—no me derriban la vieja, mientras no pueda decir misa en la iglesia nueva. Ni lo pensarán siquiera; yo respondo de que no lo pensarán.

Tan absorto iba yo en mis pensamientos que me asusté de aquella salida del señor cura, que materialmente se tiró del tren, parado ya en la primera estación, sin que nosotros lo advirtiéramos. Con aquel hombre no se puede hablar cinco minutos seguidos, porque parece sentenciado al movimiento continuo. Despues le ví con terror varias veces coger el tren ya marchando, correr por los estribos con la agilidad de un guarda-freno, y pasarse de unos carruajes á otros, como aquel que en su casa propia se va de la sala al gabinete.

En la primera estación le recibieron con gritos de júbilo; sin duda no le esperaban aquel día. Entróse á ver á un enfermo, hizo varias preguntas y encargos, se sentó, se levantó, se paseó por el andén y

me dió tiempo afortunadamente para completar su biografía.

—Nolo dude V.,—me dijo mi amigo haciendo resúmenes de sus noticias.—Los ingleses le quieren tanto como le respetan, no sólo por su carácter evangélico, sino por su popularidad, que le hace dueño de las minas, de los mineros y de todo el mundo. No hay voz que suene más en toda la provincia de Huelva que la del P. Antonio, y eso que como V. ve tiene siempre la sonrisa en los labios, nunca pronuncia una palabra más alta que otra, y solamente se enfada con los portugueses y gallegos, cuando no quieren vacunarse. Aquí entra él,—añadió mi amigo en voz baja.—Pregúntele V. por la ermita de San Roque.

Yo lo hice al pié de la letra.

—Eso se lo habrá dicho á V. este pícaro,—contestó el señor cura, encarándose con mi amigo el de Huelva.—Pues, nada, que me derribaron á S. Roque.

—Pero despues de hacerle otra ermita mejor;—añadió mi amigo.

—Por supuesto.

—Acudiria V. al señor Arzobispo,—dije yo.—Se formaría un largo expediente...

—Ni un papel de cigarro. Me dijeron los ingleses:—«Hay que derribar la ermita, señor cura.—Perfectamente, señores míos; háganme Vds. otra.—Se hará.—Se derribará.—Pues empecemos á derribar.—¿No es mejor que empecemos á construir?»

—Y como ellos obraban de buena fe y yo también, no se derribó la ermita hasta que yo tenía la nueva hermosa y reluciente como un oro. ¡Si no podía suceder otra cosa! ¿les pedía yo algo para mí? Ellos además son buena gente, que nadie sabe, sino el que los trata á fondo como yo, qué aldabonazos les está dando Dios ahora en la conciencia á casi todos los ingleses. Dicen que en lo antiguo llamábase su tierra la isla de los Santos, y yo no extrañaría que le volviera el nombre á aquella tierra. En resúmen y en plata, que nada les pido para mi iglesia católica, ni para el culto católico, ni para el hospital, ni para mis pobres, que me nieguen. Hasta una parroquia nueva me harán andando el tiempo, que ya hemos hablado de ello muchas veces. Pues la capilla de Santa Bárbara va á seguir el camino de la de San Roque. Quieren hacer allí un depósito de aguas. No me opongo, con tal que me hagan otra capilla que siempre será mejor.

—¿Producirá mucho la parroquia?—dije yo.

—Sería mejor que un obispado,—contestó mi amigo,—en manos de otro hombre.

—¿Para qué quiero yo el dinero?—repuso el P. Antonio sencillamente.—Yo sólo necesito tener siempre un duro sobrante para cuando me lo piden prestado.

De asombro en asombro, llegamos á un sitio donde me dijo de repente el P. Antonio:

—¿Tiene V. sed?

—Sí, señor.

—Verá V. qué agua tan rica hay aquí, cosa muy rara en todas las orillas del Tinto.

—¿Vamos á llegar á alguna estación?

—No señor; á la fuente Utrera, que está en el campo.

—¡En el campo!

Y aumentando mi asombro hasta lo indefinible, sacó la cabeza por la portezuela gritando al maquinista:

—Muchacho, para en la fuente Utrera, que vamos á beber.

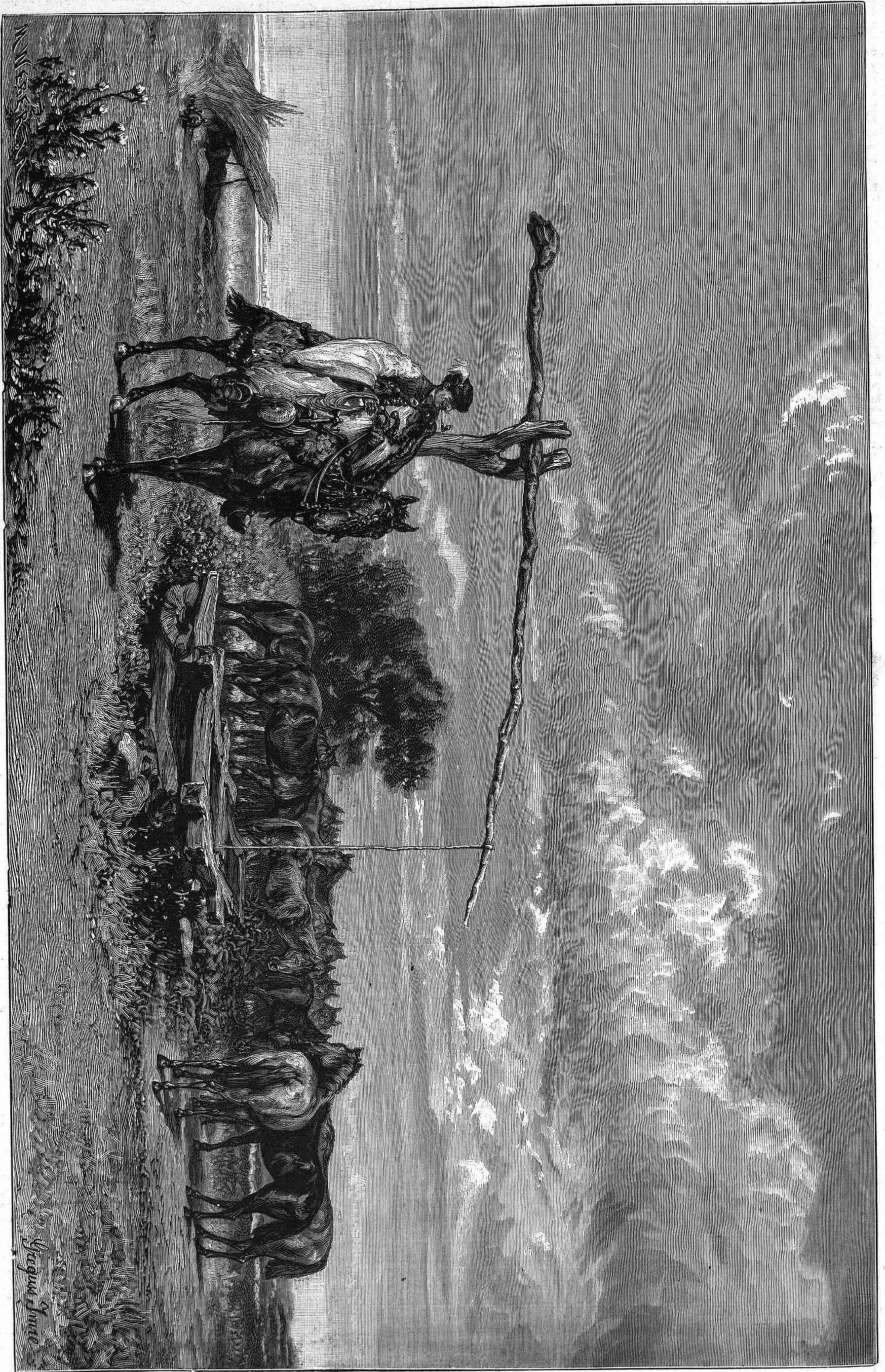
Y en efecto el tren se paró.

Hasta en el ferro-carril manda aquel hombre.

V. BARRANTES

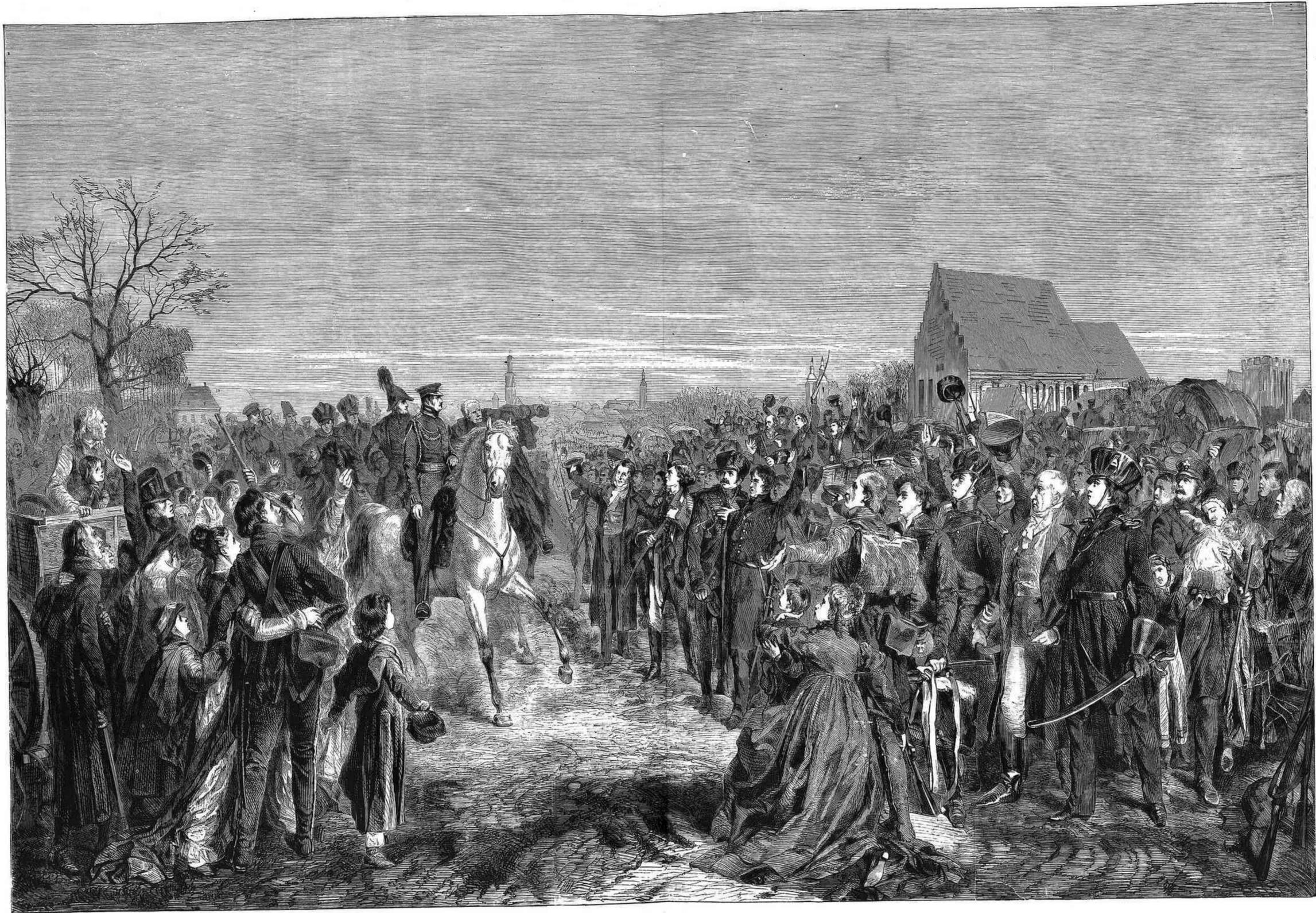
LA NOCHE DE SAN JUAN

Dejad que gire, en la cerradura de oro, la llave de los sueños; que rompa los velos flotantes sobre la atmósfera de la realidad. No todo ha de ser relato de hechos espeluznantes, verdades acibaradas, disecciones nauseabundas, zambullidas exploradoras en el fango de la existencia. La campana del buzo se sumerge muchas veces, resistente y sufrida, en el fondo impenetrable del océano. Corre por él asombrando á los monstruos de las olas, choca contra los filos cortantes de los escollos, y rueda á las cavernas que sirven de tumba á los naufragos. El héroe nadador sube siempre, glorioso y enrojado por el ahogo de su triunfo, á la azul superficie de las aguas. Es saludado por las aclamaciones de los marinos, por los hurras de la multitud; el vasto elemento no puede entónces servir de ceñidor á su orgullo. Pero un día se marcha á sus excursiones misteriosas, y no vuelve. Aquel sitio llega á ser lugar trágico, hasta que una vela pasa por allí



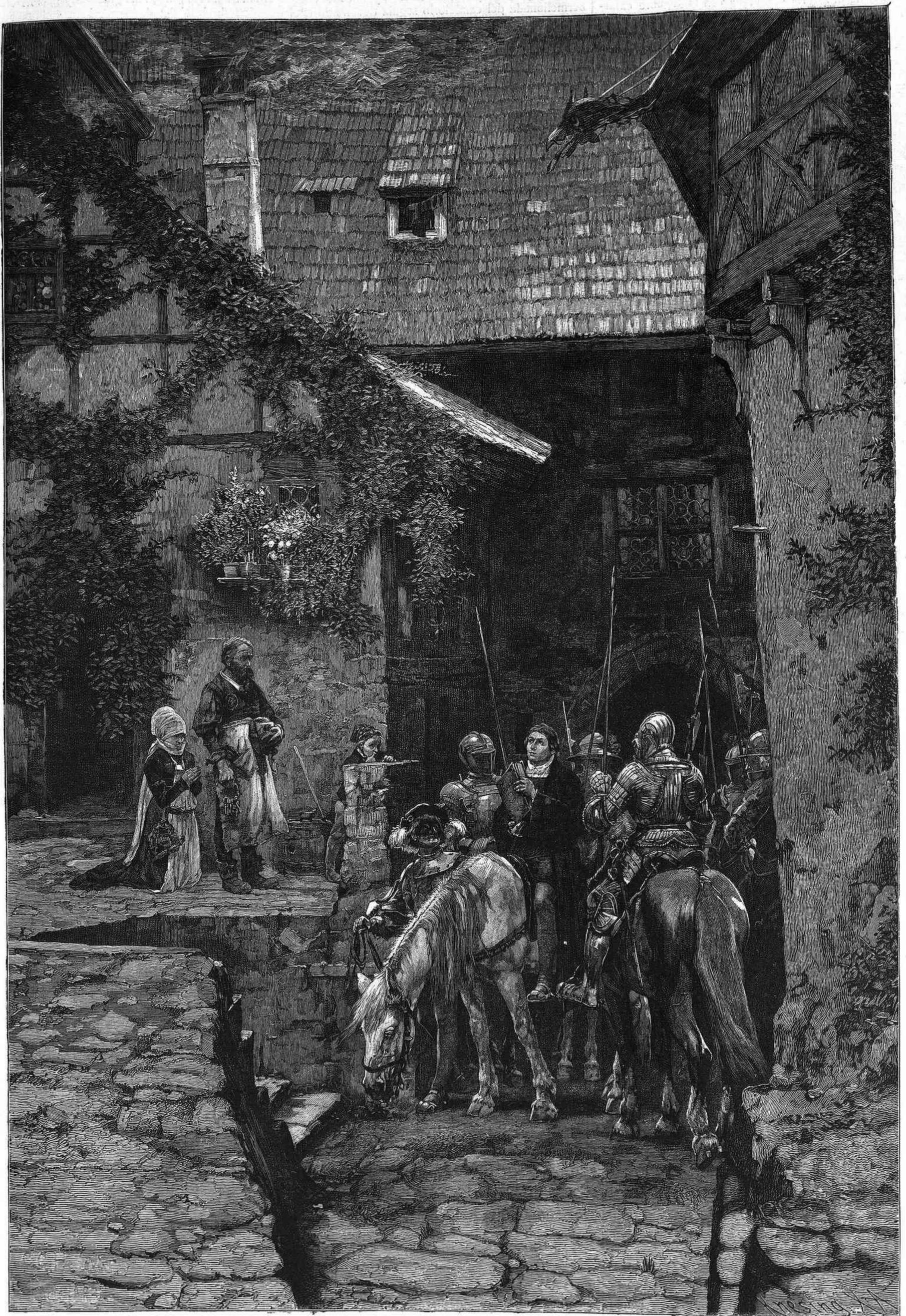
HUNGARO LADRON DE CABALLOS, cuadro por E. Greguss





LOS VOLUNTARIOS DE 1813 EN ALEMANIA





LLEGADA DE LUTERO AL CASTILLO DE WARTBURGO, cuadro por C. Hellqvist

sonriendo á los juguetes de la brisa, y entre la espuma de su estela renace otra vez la confianza, la calma, la alegría espantada con la lúgubre catástrofe. Hoy mi pluma impelida por blandos cefirillos va á recorrer las floridas riberas del pasado. ¿Queréis refrescar los piés en el rocío de las yerbas, y colocar vuestras plantas de adulto en las huellas que dejaron vuestras plantas de niño? Pues venid; allá voy yo. Emprendamos juntos el camino... ¡Ah! se me olvidaba: dejad atrás todo el bagaje molesto que hayais ido adquiriendo en los mercados del mundo, así como la ciencia, la duda, la ambición, las pasiones, el remordimiento, la incredulidad, el hastío, el desencanto, la razón escaladora con que echamos abajo las ilusiones. Creedme: para el trayecto que á recorrer vamos no hay necesidad de nada de eso. ¿Estamos convenidos? Entonces, adelante.

\* \*

El día había sido hermoso. El sol derramó sobre las pequeñas pero bien blanqueadas casas de la aldea toda la luz que guarda el astro divino en sus mundos de hornos. A lo lejos, y destacándose vivamente sobre lo verde del paisaje, aquel grupo cariñoso de paredes nevadas ofrecía un aspecto moralizador al espíritu, grato para los sentidos; parecía un rebaño pastando en calma sobre un prado. Ligeras espirales de humo ceniciento vagaban por cima como hálitos visibles del redil, rayaban el horizonte, se doraban al sol, y perdiéndose, recortadas en jirones blanquecinos, como plumas de cisne, por el infinito espacio. Llegó la tarde, y los rumores de la naturaleza formaron su himno que era como la sinfonía que anunciaba la serena magnificencia de la noche.

Abriase en medio de la aldea una plaza, la cual, horas ántes, había sido alfombrada de finísima arena y humedecida suavemente por el riego. Era aquel el sitio donde se había convocado al pueblo para festejar la noche más alegre del verano. No bien la lámpara roja del astro del día ocultó su luz detrás de los montes lejanos, cuando empezaron á salir de todas las casas las gentes y á tomar puesto en el escenario al aire libre del lugarejo. Muchachas robustas, frescas y empurpuradas, como flores de madroños silvestres, andaban aquí y allá, cantando, riendo, jugando con los piés el trenzado de las danzas que se habían de bailar durante la noche. Los ancianos, sintiendo en la sangre helada el picor del fuego juvenil, dejaban también el rincón ahumado de las cocinas, ese nido de la vejez, y alisados sus cabellos blancos, afeitado el rostro, y embutido el cuerpo en el vestido de paño burdo reluciente, que estrenaron gallardamente cuando mozos, se preparaban á presidir la fiesta, desembuchando, en caso preciso, el gran repuesto de relaciones conservadas en su memoria codiciosa. Pandillas de zagalones, enjaezados de ropas nuevas guarnecidas de caireles, su sombrero redondo, su faja fina al talle, y sus borceguíes de cuero dorado, cruzaban igualmente las calles, estremeciendo las rejas con sus sonatas de regocijo y sus vibraciones melancólicas de guitarras. Por último, las madres abandonando, una vez al año, los trastos del hogar (pobres trastos que miraban con tristeza la fuga de sus amas), se mostraban en público, orondas y risueñas, dando la mano á su enjambre de polluelos, espigados y ariscos como rosas de alcaparra.

Vino la noche, y con ella la fiesta deseada. En cortos momentos vióse la plazuela inundada de personas, todas ahogadas en las perspectivas halagüeñas de un placer inmediato. Frondosas acacias mosqueadas de las blancas estrellas de sus flores, daban sombra y perfumes á aquel recinto destinado al goce de una noche serena. Sonó, acompasado y monótono, el tamboril, preludió la flauta no sé qué canciones ocultas en sus agujeros, y el baile empezó á moverse aéreo y cadencioso, con sacudimientos de enaguas y tecleo de piés vertiginosos. En el centro chisporroteaba una hoguera, cuyas llamas rojizas y convulsas se reflejaban con fugaces misterios sobre la paredes, donde á su vez corrían las sombras de los bailarines como fantásticas apariciones.

Era la velada de San Juan. El amor, desprendiéndose de sus arreos de caza, paseaba jugueteando y travieso por entre las parejas, insinuándose dulcemente en sus más íntimos coloquios. No se contentaba con representar el papel de espía sino que, acordándose de que era niño, trepaba por las ramas de los árboles, se columpiaba en las cintas de los cabellos de las muchachas, cabalgaba sobre el rayo lumínico de una mirada, ó se asia á la cola del eco de una voz argentina. Volaba de un lado á otro estrechando aquí una mano, más allá una cintura, murmurando al oído de éste frases mágicas, posando en los labios de aquél un dulce soplo, algo más que un soplo, quizás un beso. Y entre tanto suspiraba la música,

se mecían las hojas, cruzaban fugitivos, como acoplados pájaros viajeros, los novios, y la brasa bermellonada del candelario seguía devorando los verdes troncos de retama, que como sierpes endiabladas se retorcian, saltaban, se enroscaban, crujián sus extremidades, y sacaban por las bocas de sus resquebrajaduras millares de sangrientas lenguas de fuego.

\* \*

¿Cómo mi prima y yo nos encontramos allí aquella noche? La rústica aldea no se hallaba sola en medio de aquellos campos, dorados de mieses, ó tapizados de huertas de un verdor aterciopelado. En efecto, no lejos del lugarejo se alzaban los muros ruinosos de uno que fué, en tiempos añejos, castillo, y que, en época más inmediata, era una confortable casa de recreo, pertenencia de una tía mía, arcaico recuerdo en piedra de nuestros antepasados. La torre de enmedio se había caído al suelo, no pudiendo estar más de pié, haciendo la centinela á los siglos. Como una cara vieja, mostrábase calva y desdentada, eternamente abiertas sus hendiduras de pedruscos, cual mandíbulas desquijaradas. Con el desplome de los cuerpos altos habíanse grieteado, cuando no aplastado los pisos inferiores, y como consecuencia de esta arquitectura de la destrucción, aquel torreón feudal, tan lleno de resquicios, había venido á ser el palacio del aire. Sin embargo, algunos emplastos, aplicados si no sábiamente, por lo menos con no escaso conocimiento de las dolencias de los edificios, pudieron restablecer al enfermo, afirmando sus nervios, ó si queréis más claro, enderezando sus vigas, con lo cual quedó, ya que no radicalmente curado, en un estado de soportable convalecencia.

Para mí no tenía pero. Mis ojos, que al sol de la fantasía adquirían poder de sorprender por doquiera horizontes desconocidos para el vulgo, misteriosos espejismos, auroras boreales maravillosas, miraban como fascinados aquellos vetustos paredones, curtidos y tostados por el cañoneo perpetuo de los elementos. Sepulcro de hadas parecíame, mayormente cuando ya pasada la media noche, al canto del gallo, entre el silbido del viento, se oían (aún se me ponen los pelos de punta) se oían voces, gemidos, lamentos de séres condenados sin duda á tormentos monstruosos, á interminables desgarramientos de entrañas. ¡Oh! ¡Cómo entonces gozaba yo (no os admireis del contraste) imaginando cárceles subterráneas, donde los espíritus de los muertos en pecado sufrían incalculables suplicios! ¡Es tan bonito pintar sobre el cristal de la inocencia las sombrías fealdades del crimen! Venían luégo, para completar mi fantástico cuadro, las volanderas brujas, montadas en palitroques de escobas que barrian las nubes; y por último, á la claridad de la madrugada que aparecía entre el marco de mi ventana como una cortina azul, espantando con mi pañuelo todas aquellas visiones fastidiosas, me dormía, creedlo, me dormía soñando con los ángeles y con mi prima que era otro ángel.

Fué aquel un verano verdaderamente caluroso; su ardor era de fiebre; el sol parecía tener calentura. Mi tía (Dios la tenga en su gloria), que por no sé qué ambicioncillas frustradas de mi tío (el Señor le haya perdonado), tenía un humor no muy celestial y á quien se le subía con cualquier trastorno atmosférico el mercurio de la bilis á la cabeza, no bien contó sobre el almanaque el veinte y dos de junio, determinó de pasar el estío entero en su granja, nombre que daba á aquel esqueleto de piedra, pero nombre que nosotros nos guardábamos muy bien de cambiar por otro, y nombre que espero respetareis también vosotros. Así, consecuentes con este atractivo que ejercía el torreón sobre los miembros todos de la familia, una mañanita fresca y sonriente como la frente de una muchacha, nos pusimos en marcha á nuestra tierra de promisión, abandonando precipitadamente nuestros cuarteles de invierno.

El viaje era largo, el camino polvoriento, cuando no pedregoso, y geografiado de zanjas. No era tampoco nuestro equipaje de un transporte fácil y cómodo. El ajuar de mi tía, compuesto casi todo de instrumentos higiénicos ó terapéuticos, tales como un baño de hojalata, un fumigatorio, un sillón cama, otro con agujero en el fondo para no sé qué uso misterioso, y un ejército de barreños, tazones, jofainas, vendajes, tubos, etc., todo este repertorio, digo, de cosas de mi tía llenaba por sí solo el carro. Felizmente mi prima y yo éramos soberbios andarines, y gran parte del viaje fué resuelto á pié. Contar las picantes peripecias á que dió lugar aquella peregrinación á través de barbechos, es tarea que requiere otro lugar y más espacio que de los que se dispone cuando se viaja aprisa. Ocurrieron, sin embargo, tales sucesos, que mi prima, al recordarlos después, se ponía como una amapola.

Tenia mi prima diez y seis años. Llamábase Sola, y era la Sola más linda, más graciosa y más irresistible de todas las Solas, desesperaciones de hombres. Tan bonita era, tan guapa que no sé describirla. Imaginaos que tomáis un pincel, que embrazáis la paleta pictórica y que echáis mucho negro para pelo, ojos y cejas, mucho blanco para manos, cuello y frente, mucho rosa para mejillas, rojo para labios, perlino para dientes, aconchado para uñas, azul para venas y algo de tornasol para los cambiantes aceros del cabello y para las líneas sombrías de las redondeces de la garganta y del rostro, y con todo eso... no teneis aún más que los materiales, á lo más cuatro tiznones, á lo sumo un boceto desperjeñado visto á través de una fría y borrosa niebla. La luz material, la expresión del alma, la fugaz conformación de los contornos corporales moldeados bajo la impresión instantánea de un sentimiento, toda esa inmensa red de los atractivos con que se envuelve la simpatía suprema, escapa de los dedos, deslumbra la vista como un rayo, y deja sólo en el espíritu la vaga y dudosa incertidumbre de un sueño.

Decir que yo estaba enamorado de mi prima, sería como decir que el sol quema, que el mar tiene olas y las alas se hicieron para el aire; sería, pues, decir una cosa que el más ignorante presume ó adivina por lo menos. Sí; yo estaba furiosamente apasionado de aquella muchacha de ojos negros y rasgados, de nariz fina y correcta, de labios frescos y risueños como pétalos de rosa recién abiertos, de trenzas gruesas y enroscadas como un cestillo de ébano sobre su frente de nieve sin mancha. Dejádme que repita de nuevo que estaba loco por ella. Era la primera vez que amaba; es decir ¡fué la única vez que amé! Mis sentidos y facultades sufrían entonces esa transformación misteriosa y llena de hervores á que se someten las savias vitales, dentro de la redoma de la naturaleza, cuando la película del niño se alarga para formar el cuerpo del joven. Afán de explayarse fuera y ocupar con su sér todo el espacio apodérase del alma nueva; á la par, el seno virgen tiene un cristal de pureza y de luz donde el mundo se refleja rodeado siempre de nimbos de auroras; de un lado y otro brota la armonía, saltan las corrientes magnéticas de la fuerza creadora, enciéndese la chispa de la confianza impulsora de las acciones; y hé aquí á un rapazuelo convertido en héroe con la sola potencia que le presta el genio tumultuoso de sus años imberbes.

Yo no veía á mi alrededor á nadie más que á mi prima. Parecíame que estaba compendiado en ella el universo entero. Todas las ideas de mi mente eran de ella, todos los latidos de mi corazón por ella eran. Quedábame largas horas contemplándola mudo y extático, y como absorbido por un prestigio sobrenatural que me imposibilitaba de todo movimiento, de toda energía que no correspondiera al arrobamiento maravilloso. No había tenido aquel amor esos preludios de pasión con que se anuncia la edad de las tempestades. Yo no había vagado por los campos, solitario y meditabundo; tampoco había llorado por súbitas é ignoradas tristezas; y ni aún siquiera me había deleitado cantando esos diamantes de fuego que se ven fosforesciendo sobre la bóveda azulada en una noche serena. De pronto engolféme en los mares eróticos, y por ellos caminaba sin borrascas, á favor del viento, y llevando por brújula el imán de las miradas de mi prima.

Juzgad, pues, mi dicha, viéndome al lado de la que amaba y gozando de la libertad y grato aislamiento que ofrece el campo á quien sabe apreciar su trato íntimo, escuchando sus voces de paz y de reposo.

Sin saber cómo, veía florecer en mi mano los sueños más dulces de la vida. Desde el amanecer hasta la hora en que nos separábamos, que era cuando ya la noche iba más que mediada, pasábamos el tiempo en pláticas de amor, en confesiones de interioridades, en planteamientos de planes para un porvenir risueño. Yo no me saciaba de verla jamás; y estábame á veces las horas muertas mirando su rostro, las pintas rojas de su piel rosácea, las chispas de luz que brillaban en sus ojos, ó el suave, sedoso y finísimo vello negro que sombreaba ligeramente las comisuras de sus labios de grana. Sus miradas me seguían por doquiera, su voz me despertaba mientras dormía. Os lo repito: estaba ferozmente apasionado de mi prima.

\* \*

Fuera de esto, los días siempre iguales transcurridos bajo un mismo techo, adolecían de cierta monótona regularidad. La verbena de San Juan vino á romper el nudo de la madeja enfadosa. Nuestra juventud, amante del bullicio, unida á la vejez fastuosa de mi tía, que gustaba como una reina de recibir ho-



GITANA GRANADINA, dibujo por J. Marqués

menajes aunque fueran de rústicos labriegos, fué causa de que se rompiera la cuerda tirante de la ordenanza doméstica á que parecíamos estar sujetos en la granja solariega. Así, pues, hicieron presto los preparativos de viaje, como temerosos de que, por lo inusitado del decreto liberatorio, hubiera una contra orden inmediata y de un sentido opuesto y reaccionario. Dispúsose iría asnalmente montada, acompañada por un guarda de la finca, que llevara del roncal á la noble aunque retozona bestia, para que en caso de encuentro borricuno, no hubiera el correspondiente escaqueo amoroso, á que son tan propensos los orejudos animales. Mi prima y yo seguiríamos andando á mi tia. Hízose así y hénos en marcha á todos.

Empezaba á declinar la tarde. El sol, rodeado de algunas nubes, enrojecia las cumbres de las montañas distantes, miéntras que los valles se envolvían en mantos de azuladas sombras, tranquilos y silenciosos como preparándose al sueño. El cielo estaba claro, iluminado de una luz gris, sólo interrumpida á trechos por los reflejos del ocaso que trazaba en la atmósfera largas franjas doradas, como pliegues acuchillados de una capa gigantesca. Fijando atentamente la vista, se descubrían, al cabo de un rato, algunas estrellas, que, ahogadas en los océanos de claridad lechosa del firmamento, parpadeaban como ojos de fuego sumergidos entre infinitas neblinas. Al mismo tiempo los últimos rumores del día se balanceaban temblorosos en el aire como alas cansadas que no pueden sostenerse y caen al suelo. Los pájaros buscaban sus nidos, las flores la sombra fresca, el viento los filos de las hojas más tiernas donde tocaba las tenues canciones con que arrulla á la tierra. Todo permanecía callado, dormido. Sólo el ruiseñor, de cuando en cuando, soltaba sus notas de cristal, que, como una cascada de perlas, se perdían por el bosque silencioso.

Sin embargo, bajo aquel velo oscuro de sensaciones flotantes habia algo de real y estable que pugnaba por darse á luz; este algo era la certeza de nuestra soledad, estado que tenía mucho de diabólico y que hacia asomar involuntariamente á nuestros labios el vago diseño de una sonrisa de triunfo. A pesar de todo, mi prima no pudo menos de mostrar sorpresa; su rostro se encendía y palidecía á un tiempo mismo; su respiración entrecortada, sus palabras incoherentes y sus ademanes cohibidos denotaron la actitud de embarazosa indecisión en que se hallaba. Quise yo tranquilizarla, volver la confianza á su espíritu, calmar aquel pecho que, como asustado pajarillo, aleteaba inconsideradamente. Corrí á un lado y otro en busca de mi tia, trepé á las copas de los árboles más encumbrados y con mirada exploradora investigué el espacio vacío. En el ardor de mi tarea, acrecentado por la aflicción que iba apoderándose del alma de mi amada, llegué á poseionarme tan bien del papel de indagador que mis ojos tomaron esa expresión devoradora del león que escudriña con sus pupilas inflamadas una presa por el vasto desierto.

Pero fué estéril todo trabajo; despues de media hora, larga como lo son todos los momentos trascurridos en el campo, mis caminatas no dieron otro resultado que el extraviarnos más en aquel enredo de árboles, sendas, picachos y atoladeros. Híceselo ver así á mi prima y hablando en verdad, la medrosa señorita no se sobrecogió mucho con esta revelación mia; sin duda se habia familiarizado ya con la situación extremada á que el azar nos habia conducido. Noté, por el contrario, un cierto abandono en ella que me la volvió más adorable. El peligro grande ó pequeño compartido por dos seres identifica dos distintas naturalezas y acerca los opuestos electrosforos de los caracteres. En aquella ocasión, por lo ménos, ocurrió de este modo. Tuvo entonces conmi-

Anduvimos casi sin hablar largo espacio; cruzamos atajos, salvamos zanjas, saltamos pedruscos que como tortugas yacían pegados al fango cubiertos del verdor aterciopelado del musgo; enzarzamos los piés entre espinos y chapoteamos en los marjales; tronchamos arbustos; desparramamos entretreídas enredaderas; caminamos, en fin, á través de los obstáculos y escabrosidades que hacían el viaje más dificultoso, pero más entretenido. Ibamos mi prima y yo como dos cervatillos, á quienes se les da suelta despues de largo encarcelamiento. Mi tia, entre tanto, marchaba por la angosta senda que, como blanca cinta, serpeaba al borde de las heredades. Muchas veces, en las sinuosidades y recodos de la vereda, ó tras los telones espesos de algun grupo de árboles que se interponía entre nosotros, mi tia nos perdía de vista y entonces nos llamaba; nosotros le respondíamos riendo, ella nos decía que nos acercáramos, nosotros fingíamos acceder momentáneamente á sus deseos, pero, en realidad, cada vez nos íbamos alejando más y más unos de otros, hasta que al fin concluimos por perdersnos.

La primera impresión que experimentamos en nuestro descarrío fué un sentimiento de confusión que nos lanzó á un aturdimiento extraño y temeroso.

go mi prima tales intimidades que me pasmaron. Pasó su brazo por el mio, estrechóse á mí como pudiera hacerlo un niño en el regazo de su madre. El menor ruido de las hojas la estremecía de miedo y su mano se apretaba entre la mia con opresiones convulsivas y apasionadas.

La noche entre tanto habia tendido sus gasas negras por el aire; todo aparecía oscuro, y como envuelto en un velo gigantesco.

Borráronse los lineamientos de las cosas y las sombras produjeron formas espectrales. Los árboles se ordenaban en larga procesion cortada sólo por algun espacio más tenebroso, que un mazo de follaje destacaba á la vista. Bajo las masas de sombría verdura, algunas menudas llamas de fuego azul vacilaban á cada soplo del viento, alargándose ó encogiéndose en el húmedo suelo; la errática tribu de luciérnagas establecía su campamento entre los terrones fangosos, y encendía sus faroles de fósforo para alumbrarse en las tinieblas. El horizonte á su vez resplandecía con su enjambre de abejas de oro, que durante la noche no cesan de mover sus alas de rayos. Todo parecia dispuesto á pasar tranquilamente las horas del sueño; todo estaba en calma excepto nuestros dos corazones. En medio de la laberíntica oscuridad era imposible hallar salida segura á nuestros pasos extraviados. Caminamos, sin embargo, por algun tiempo. Mi prima empezaba á sentir la fatiga, cuando arribamos al borde de un arroyo. La idea de descanso brotó á un tiempo mismo, como la luz de dos disparos hechos á la par, en nuestros cerebros. Reposo, sí, paz fortalecedora era lo más urgente. ¿Pero cómo obtenerlo sin riesgo alguno? La orilla inmediata á nosotros estaba cubierta de lodo; ¿y la de más allá? ¡oh! la de la otra márgen se mostraba vestida de una yerba fina y flexible como alfombra de sedosos plumones. Era aquello verdaderamente un oasis, una isla robinsoniana, una Arcadia que surgía de entre la selva para refugio de dos amantes naufragos.

¿Cómo contaros mi ventura, mi enajenación, mi delicioso delirio, cuando, para vadear las honduras de las aguas fugitivas, tomé en mis brazos la dulce carga del cuerpo de mi prima? ¿Cómo referiros las palpitaciones de su seno, que como dos ondas gemelas se movían contra mi pecho agitado? ¡Ni cómo relatar tampoco la suave y dulcísima impresión de su aliento apresurado sobre mi boca abrasadora! ¿Cómo, de igual modo, narraros el sublime dejo y abandono suyo, sus brazos en torno de mi cuello, sus piés tocando mis rodillas, su talle descansando en mis manos cruzadas, todo su sér apoyado en mí, como una flor delicada sobre un tallo lozano y robusto? Corría bullicioso el arroyo bajo nosotros, y desplegaba, al rodar, sus mil escamas azules, y murmuraba, en cada hueco que lamian sus lenguas de acero, conversaciones mágicas y halagadoras, sin que pudiera atraer nuestra atención, embebida con el placer egoísta que nos brindaba aquella aventura. Cuando llegamos á la otra orilla y dejé caer á mi prima, sentí que no podía mantenerse de pié. La creí acometida de accidente. Mas ella, anticipándose á toda pregunta, me cerró los labios con su mano. No sé qué me dijo, que era feliz, muy feliz, que á nadie amaría en el mundo más que á su primo. ¡Oh! era yo también muy feliz; y yo no quería á otra mujer más que á ella sobre la tierra. Así permanecimos gran parte de la noche, solos, bajo el cielo estrellado, unidas nuestras almas y nuestras manos por un mismo afecto, sin pensar en lo porvenir, ajenos de todo cuidado, concentrando en un minuto de placer la amargura infinita de la vida.

\*\*\*

La luna asomó su faz arrebolada entre las crestas de un monte. Pensamos entonces en buscar á mi tia. Una esquila sonando precipitadamente, y cada vez más distinta, nos advirtió que una caballería se acercaba. Llegó en efecto á donde estábamos: ¡era mi tia! Nada nos dijo, mas á la mañana siguiente, por disposición suya, abandonaba la quinta-torreón. Mi prima se casó. Yo corrí muchos lugares. Dolores, caídas, reveses, caprichos de fortuna han bamboleado, como huracán tempestuoso, el árbol de mis recuerdos marchitos. Pero ¡ay! no puedo olvidar nunca aquella noche de San Juan pasada al lado de mi prima. Pureza, entusiasmo, bondad, hermosura, nobleza, celestiales encantos eran las flores que nos rodeaban. ¡Ya pasó! Muchas veces pienso que lo he olvidado; pero, no; la memoria de aquella noche vibra constantemente en mi mente, como música lejana y vagarosa, cuyos principales ecos bastan para que el espíritu, que la conoce, la recomponga en su oído, enamorándole como la primera vez que la oyó trémula de embeleso.

CÁRLOS ARIAS Y MOLLEJO

## GLOBO AEROSTÁTICO DIRIGIBLE

de los señores

ALBERTO Y GASTON TISSANDIER DE PARIS

(Conclusion)

(Véase la página 359)

Descrito el conjunto de nuestro aparato, daremos ahora algunos detalles acerca de sus diferentes órganos, en especial el motor dinamo eléctrico y las pilas de bicromato de potasa que hemos construido teniendo en cuenta nuestros experimentos.

El motor es una máquina Siemens de nuevo modelo construida ex profeso en los talleres de París, compuesta de una bobina bastante larga con relación a su diámetro, montada sobre un bastidor de madera. Esta máquina, que pesa solamente 54 kilogramos, produce un trabajo de 100 kilográmetros.

El hélice está formado por dos paletas helicoidales forradas de seda barnizada, cuya deformación está contenida por la acción de dos tensores de alambre de acero. Este hélice tiene 2 metros 85 de diámetro y se halla unido a la máquina por la intermediación de una transmisión de engranaje en la proporción de  $\frac{1}{10}$ , que produce, por consecuencia, 180 vueltas por minuto, cuando la bobina da 1,800 en igualdad de tiempo.

La batería eléctrica, que podría llamarse el generador del globo de hélice, tiene la misma superficie de zinc y carbones que nuestra batería de ensayo, el mismo número de pilas y el mismo volumen de líquido. Para reducir considerablemente este volumen hemos empleado cuatro artesas de ebonita de 6 compartimientos en lugar de los 24 recipientes aislados los unos de los otros. Además, hemos dado alguna mayor elevación a los vasos, lo cual nos ha permitido disminuir un poco su ancho: la figura 1 representa una de las cuatro baterías empleadas en el globo eléctrico, tal como ha sido ensayada en el laboratorio. Se compone, como es de ver, de una grande artesa con seis divisiones, cada una de las cuales forma un elemento de pila y contiene, montados sobre tiras de cobre plomizadas, 11 carbones delgados y 10 zincs, colocados alternativamente uno al lado de otro.—Los zincs se hallan sujetos a la parte superior por medio de pinzas ó uñas flexibles que permiten renovarlos fácilmente a cada experimento: estos zincs tienen de espesor 0<sup>m</sup>0015, para que funcione la pila durante 3 horas y deben estar fuertemente amalgamados. Cada compartimiento se halla provisto en su parte inferior de un tubo delgado de ebonita que comunica con un conducto lateral, unido por medio de un tubo de cautchuc a un gran cubo de ebonita muy ligero que contiene solución ácida de bicromato de potasa. Al levantar el cubo por medio de una cuerdecita que pasa por entre unas poleas colocadas encima del nivel de la batería, ésta se llena en virtud del principio de los vasos comunicantes, el líquido obra sobre los zincs y pasa la corriente; al paso que cuando se baja el cubo de tal suerte que ocupa la posición de la fig. 1, el líquido penetra por el tubo de cautchuc, la pila se vacía y cesa de funcionar. Compréndese que por este sistema las pilas comunican entre sí, pero únicamente por medio de conductos estrechos: la resistencia del líquido es bastante para que esta comunicación no influya en la marcha aun cuando los elementos estén montados en tensión.

En la barquilla del globo eléctrico habia cuatro baterías parecidas a las de la fig. 1 ó sean 24 elementos montados en tensión, alimentados por cuatro cubos de ebonita conteniendo cada uno 30 litros de la disolución de bicromato de potasa. La batería se halla situada en la navecilla, que tiene 1<sup>m</sup>90 de longitud y 1<sup>m</sup>45 de latitud, de manera que ocupe el menor sitio posible. Dos artesas de ebonita formando doce elementos se hallan colocadas transversalmente a 0<sup>m</sup>35 del fondo de la navecilla, y las dos res-

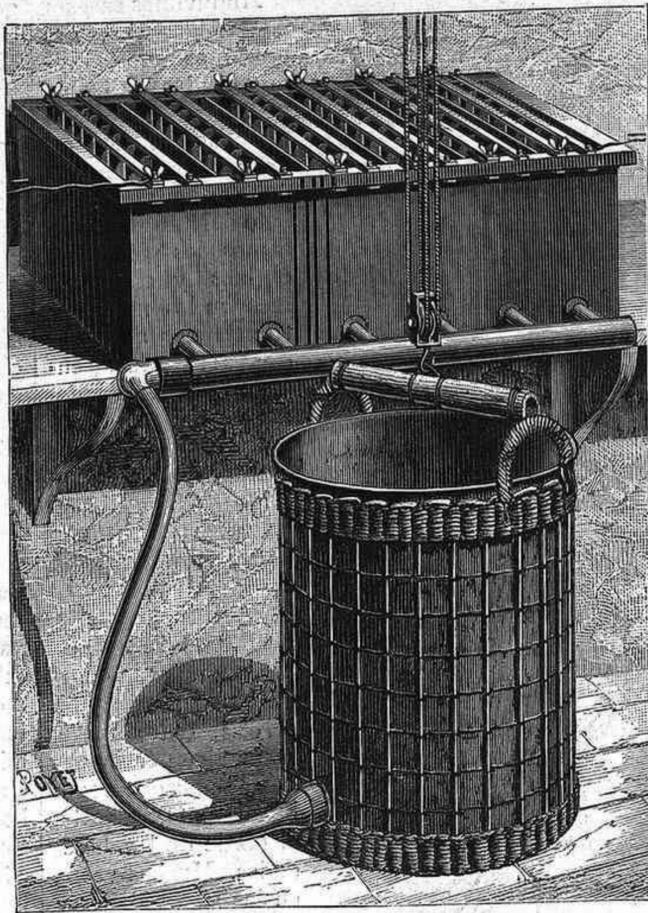


Fig. 1.—BATERÍA DE SEIS ELEMENTOS DE PILA DE BICROMATO DE POTASA

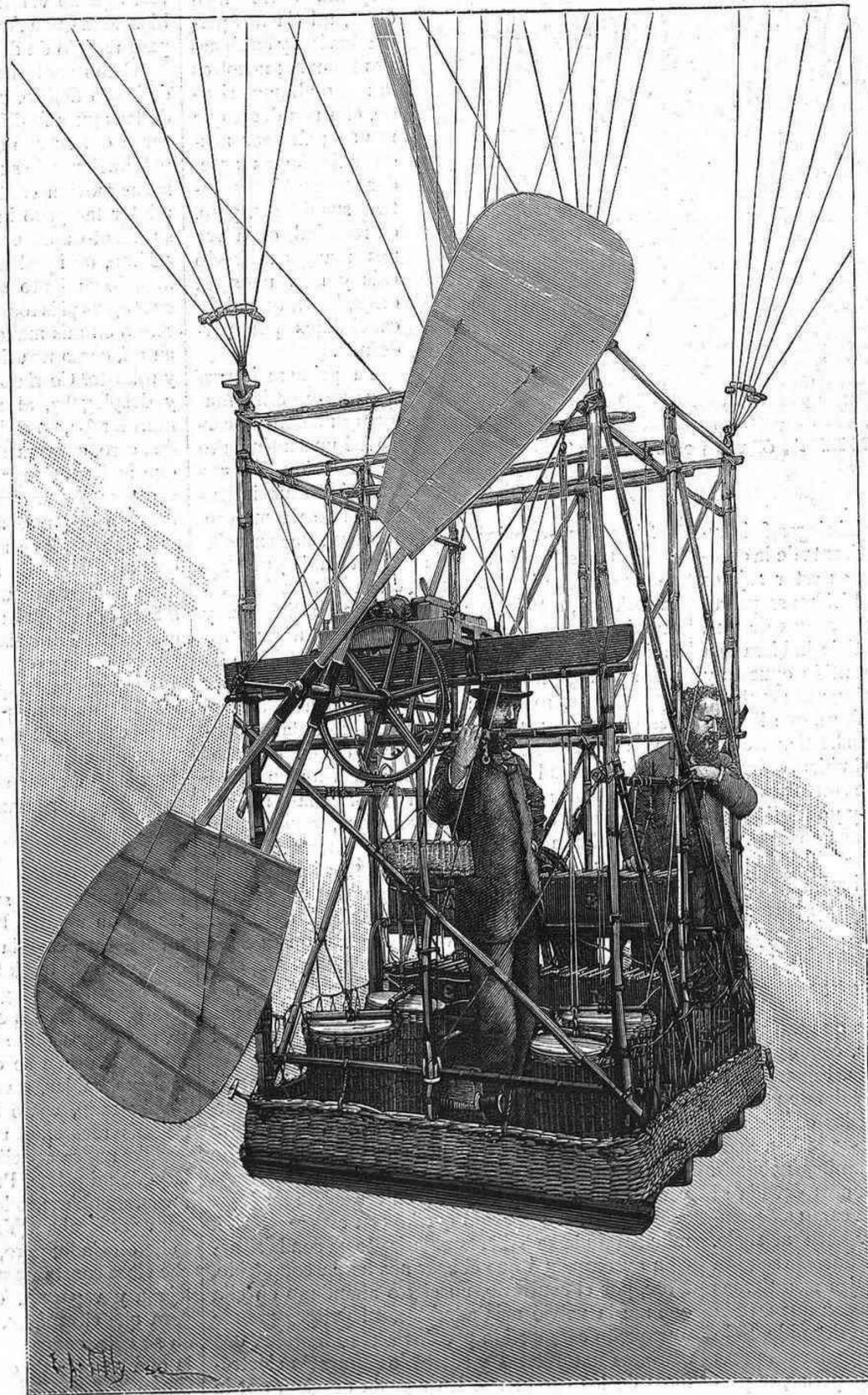


Fig. 2.—BARQUILLA DEL GLOBO ELÉCTRICO VISTA POR LA PARTE DEL PROPULSOR

tantes se hallan fijadas a 0<sup>m</sup>15 por encima: estas artesas están puestas sobre travesaños de madera y aseguradas por medio de hilos tensores; los depósitos de ebonita de los dos ángulos posteriores de la navecilla alimentan las pilas altas, y los otros dos depósitos, situados más cerca de la batería, alimentan las pilas inferiores. Entre los cuatro cubos hay un espacio libre reservado para el operador, que puede hacerlo funcionar todo por sí mismo, tiene al alcance de sus manos las cuerdecitas para elevar los cubos, los ganchos para fijar esas cuerdecitas a la altura que se quiera, el conmutador de vasito de mercurio para dar paso a la corriente y las cuerdas del timon del globo.

La disolución de bicromato de potasa empleada para hacer funcionar la pila es muy concentrada y fuertemente ácida: se echa en los cubos a la temperatura de unos 40°, lo cual permite aumentar considerablemente la cantidad de sal disuelta é influye de una manera sensible en su acción. Cuando los 24 elementos montados en tensión obran sobre el motor, el trabajo efectivo producido es de 100 kilográmetros.

El conmutador de vaso de mercurio empleado se halla dispuesto de tal suerte que permite hacer pasar como se quiera la corriente de 6, 12, 18 y 24 elementos, obteniéndose de este modo cuatro velocidades de hélice.

Los cuatro cubos de ebonita que constituyen los depósitos se hallan forrados de una sólida hoja de cautchuc, con un pequeño agujero destinado a dar paso al aire cuando el líquido sale y atado al rededor del cubo por medio de un hilo de cobre forrado de guta-percha. El cierre por este sistema es sumamente seguro y aun en caso de choque no puede desparramarse la menor cantidad de líquido. Los cubos de ebonita vacíos pesan solamente tres kilogramos cada uno y están reforzados con un tejido de mimbres que les sirve de soporte: unas delgadas cuer-

das que pasan por poleas, sirven para levantar los cubos por encima de las pilas cuando hay que llenarlos y, por al contrario, para bajarlos cuando se quiere vaciarlos. En el fondo de la navecilla hay una cubeta de cautchuc, destinada a recibir el líquido en caso de avería. La pila completamente cargada, incluso el líquido, pesa cerca de 180 kilogramos.

Debajo del motor hay un pequeño cesto de mimbre, perfectamente visible en nuestro grabado, en el cual se colocan la alcuza del aceite para el motor, un pequeño frasco con mercurio para llenar los vasos del conmutador colocados en un bloque de boj y los útiles necesarios para desmontar la pila en caso de avería. Esta parte de la navecilla es la posterior. En la delantera se colocan los sacos de lastre, los aparatos de detención y la persona que ha de maniobrar durante el descenso.

Nuestro dibujo se ha ejecutado con rigurosa sujeción a la verdad y reproduce fielmente todos los detalles de la carga de la navecilla y la manera cómo va sujeto el motor. La máquina Siemens y el hélice que impulsa se hallan colocados sobre una travesía de nogal, consolidada, además, por medio de hilos muy rígidos, cuya tensión puede darse a voluntad y que unen los cuatro extremos de su bastidor a las travesías superiores é inferiores de la barquilla.

El manejo de esa máquina es sumamente fácil desde la navecilla de un globo. Todo bien preparado antes de dejar tierra, basta meter un pequeño tenedor de cobre en los vasos de mercurio del conmutador para que den vueltas las paletas del hélice.

No hay peligro de incendio, ni el cambio de peso puede hacer variar la altitud del buque aéreo equilibrado en el aire, ni el operador tiene que ocuparse manualmente de cosa alguna. Únicamente la electricidad podía llenar tan cumplidamente las condiciones fundamentales del motor aerostático.

Pasado el próximo invierno, al regreso del buen tiempo, el primer globo eléctrico de hélice volverá a tender su vuelo.

GASTON TISSANDIER

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON